

ESTE DIARIO
SE PUBLICA

POR SU TIPOGRAFIA A VAPOR
Calle del Cerrito 84

EL BIEN PÚBLICO

DIARIO DE LA MAÑANA

SUSCRICION

Por un mes \$ 1 50
Un número del día 0 10
Un número atrasado 0 20

REDACCION Y ADMINISTRACION, CERRITO 84

DIRECTOR—JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

AVISOS Y SOLICITADAS HASTA LAS 6 DE LA TARDE

TIPOGRAFIA A VAPOR
DE
EL BIEN PUBLICO
En este establecimiento se hacen
toda clase de trabajos
concernientes al ramo, con prontitud
y esmero
CALLE CERRITO 84

Almanaque
Martes 29, Santa Marta y San Félix.
Cuarto creciente a las 6,51 m. de la mañana
El sol sale a las 6,30; se pone a las 5,4.

EL BIEN PÚBLICO
MONTEVIDEO, JULIO 29 DE 1879.

Certámen literario-musical en el
Club Católico

Bajo la influencia de gratísimas im-
presiones vamos a reseñar el certámen
literario-musical que presencio lo mas
distinguido de nuestra sociedad el sábado
último en el Club Católico.

Escusamos describir la concurrencia
que con su presencia realzaba el mérito
de aquella hermosa velada; nuestros
lectores conocen ya la clase y el número
de las personas que se apresuraron
siempre a experimentar la grata satis-
facción que ofrece un grupo de jóvenes
que beben sus inspiraciones en el único
foco de las tranquilas y ardientes im-
presiones del alma: en la idea católica.

¡Cuántas aspiraciones se retrataron
en lágrimas de ternura verditas por las
madres de familia que allí concurrían!
Ellas veían en la práctica de las doctrinas
proclamadas con ardiente entusiasmo por
nuestros jóvenes compatriotas del Club
Católico, en esas ideas, en esas religio-
sas tendencias de almas espontáneas, un
ideal que ansiaban ver realizado en sus
propios hijos, quizá muchos de ellos se-
parados de las prácticas cristianas, úni-
cas salvadoras de la juventud, de esa
edad enferma del hombre como con
justicia se ha calificado.

¿Y separados por qué?
Es una historia siempre nueva y siem-
pre vieja; es la gangrena de nuestra po-
bre época. Un niño aprende en el rega-
zo de su madre a amar a Dios, a cultivar
ese culto purísimo a María cuyo nombre
destella amor y poesía en la alborada
de la vida; nombre que oímos repetir en
nuestra infancia en los cantos con que
nuestra madre arrulla nuestros sue-
ños inocentes en todos los ámbitos de
nuestro hogar, y amamos ese nombre y
adoramos nuestra fe. Pero el niño cre-
ce, sale del recinto de la familia va pri-
mero a la escuela y luego a la Universi-
dad. En aquella y en esta oye donde
quiera sarcasmos y burlas contra las
creencias, contra el tierno culto que
constituyó la poesía de sus primeros
años; sarcasmos y burlas que pronto se
transforman en blasfemias proceras y
muchas veces obscenas. Al principio el
niño se siente lastimado en el fondo del
alma: es que recuerda a la madre que-
rida que con inmenso cariño le inculcó
en el alma aquel culto sagrado, aquel
nombre bendito que hoy escucha ultra-
jar cobardemente y a mansalva. Pero el
niño quiere ser joven, el joven quiere
ser hombre y espíritu fuerte y se siente
mareado, abrumado; lucha, vacila y cae.
Llega por fin el momento en que dice:
seré hombre importante, sin niñerías,
que tales son las que me enseñó mi ma-
dre, sin preocupaciones; en una pala-
bra, seré espíritu fuerte. Y tomando un
aire sentencioso, atusándose sus embri-
marios bigotes, exclama una vez con
desden: ¡cosas de frailes y de mujeres!

Ese es el primer paso; los demás caen
de su peso. Las prácticas cristianas son
incómodas; mucho mas sencillo es no
ser nada. Y se ahogan la enseñanza ma-
terna y las tiernas plegarias, y las dul-
ces reminiscencias y las prácticas soste-
nedoras de la virtud.
Esto es hecho: tenemos un racionalis-
ta ó materialista ó un cualquier cosa
concluida en ésta. Tenemos un hombre
importante.

El Club Católico tiende a suprimir esas
deplorables importancias, y el certámen
del sábado ha dado una prueba de que lo
va consiguiendo, mediante el trabajo
asiduo que exigen las grandes reformas.
El acto fué dedicado al Ilustrísimo se-
ñor don Jacinto Vera, Obispo de Mon-
tevideo.
El presidente del Club Católico, Sr.
Zorrilla de San Martín hizo la dedica-
ción al venerable y virtuoso prelado
oriental, tan engrandecido en los últimos
tiempos por los insultos y proceras dic-
terios de los que su alma perdona y su
corazón agradece que hayan hecho que
se cumpla en él lo que estaba escrito:
«Y seréis aborrecidos de todos por mi
nombre, mas el que perseverare hasta
el fin, ese será salvo.»
«Porque os harán comparecer en su
audiencia y os azotarán en sus sinago-
gas.»
«Y seréis llevados ante los gobernado-
res y los reyes por causa de mi nombre
testimonio a ellos y a las naciones.»
«San Mateo cap. X.

El señor Bachiller Vicente Ponce de
Leon leyó una robusta composición poé-
tica intitulada *Paysandú*. La compo-
sición del Sr. Ponce ademas de su mé-
rito literario tiene una cualidad muy
digna de notarse. El tema elegido por
el poeta está erizado de escollos; viven,
aunque moribundas, antiguas y doloro-

sas pasiones de partido a las que la
composición del Sr. Ponce podía lasti-
mar. Y sin embargo no fué así. El poeta
trató el asunto con notable tino, y ar-
rancó del hecho de una defensa heroica
lecciones de paz y de unión para el
porvenir. A ese respecto tal es la mis-
ión confiada a nuestros poetas.

El Dr. Soler dió lectura a un hermoso
discurso intitulado *Actualidad*. La pala-
bra del Dr. Soler se oye en el Club Cató-
lico, como la voz de aliento del jefe y
como el grito de triunfo del soldado. El
Director del Club, veía en aquel acto el
premio de largas horas de trabajo acti-
vo é incansable. Nada le faltaba des-
pués de los premios que diariamente le dis-
ciernen la tolerancia de sus generosos
adversarios.

La composición poética del bachiller
don Hipólito Gallina *Una tarde en el
coliseo* ocupa un lugar muy distinguido
en el certámen del Club Católico. Im-
pregnada de esa melancolía de los re-
cuerdos lejanos, reviste un tinte religio-
so original, al par que tiene una gran-
de espontaneidad en el concepto y en la
dicción. El joven poeta recordaba las
horas que pasó en la ciudad de los gran-
des recuerdos, a cuya influencia sintió
palpitar violenta en su alma la fe de sus
padres, y vertió esas palpitaciones en
sus meditaciones poéticas. La compo-
sición fué leída muy bien por su autor.

De distinto género, pero de no menos
mérito que la anterior es la composición
de Augusto Serralla, *Pío IX*. Es una
composición de sabor clásico y de he-
rosmos conceptos. La figura del último
y glorioso pontífice; del santo, del mártir,
del rey, inspiró a Serralla los sentimen-
tos de admiración y cariño que despierta
en todas las almas generosas.

El mundo y el hogar se titula el tra-
bajo en prosa leído por el Br. D. Jacin-
to Casaravilla. El hogar cristiano fun-
dado en una unión refrendada por la
mano de la divinidad y no por la de los
hombres débil y engañosos; la madre
cristiana; el tranquilo recinto de la fa-
milia que cree que espera y que ora,
fueron los puntos que trató Casaravilla
con poesía y ternura. Sus ideas fueron
tanto mas oportunas cuanto que ya se
pretende hacer penetrar el hielo de la
vida hasta el seno de la familia, que es
una de las hermosas prendas salvadas
del naufragio de los corazones. Feliz-
mente en nuestro país no rozará esa
santa idea. Nuestras madres y nuestros
esposos consagrarán ante los altares su
unión; y se seguirá consagrando; respi-
remos piedad y culto en nuestra fa-
milia y no será en ella donde se estra-
viará el corazón de nuestros hijos.

El bachiller Rius ensalzó una de las
grandes glorias cristianas: la rehabilita-
ción de la mujer, en un discurso ba-
stante bien planeado y realizado con
buen gusto literario, que fué realizado
por una lectura correcta.

La parte musical (cargó del señor
don Carmelo Calvo fué bien elegida y
ejecutada. Felicitemos pues al señor
Calvo y a sus discípulos que lo acompa-
ñaron.

Damos a continuación los trabajos
leídos, y enviamos desde nuestras co-
lumnas un aplauso cordial a los jóvenes
que tomaron parte en el último cer-
támen.

No quiere decir nuestra reseña, sin
embargo, que esos trabajos sean per-
fectos; una crítica severa de las com-
posiciones leídas no dejaría de existir por
falta de tema literario que la diera már-
gen. Sin embargo, podemos asegurar
con toda la concurrencia que aplaudió
con entusiasmo, que el último certámen
del Club Católico ha sido brillante.

Adelante, pues, y a trabajar con fe y
decision.

DISCURSO INAUGURAL
Señores:
El Club Católico que ha tenido el honor de
congregarnos en este acto, cumple en él un de-
ber y satisface una aspiración de tiempo atrás
concebida. Es el primer certámen literario
que celebra después del nombramiento del
Ilmo. Sr. D. Jacinto Vera como primer obispo
de Montevideo y a él se le dedica como prenda
de adhesión y de la mas ferviente simpatía.

El nombre del venerable prelado oriental
despierta en mi alma, como lo hará en las
vuestras, un mundo de recuerdos y sentimen-
tos, que se identifican tanto con mi amor a la
patria, que el porvenir de esta le veo muchas
veces retratado en su venerable y ya rugosa
frente. Vosotros lo amais, señores, como yo
lo amo; vosotros lo venerais como lo venera
mi alma, porque vosotros sabéis venerar lo
que en el mundo merece el respeto y el cari-
ño de los corazones.

Sea pues este acto un justo homenaje ren-
dido al pastor coloso, al arciano sacerdote de
Dios, al patriota sincero y abnegado, al ver-
dadero amigo del pueblo, al primer y digno obis-
po de Montevideo.

Puesto ahora en el caso de dirigiros la pala-
bra para cumplir el deber inherente al puesto
a que me ha llevado el generoso desacierto del
Club Católico, me permitireis, señores, que eli-
ja entre el cúmulo de los recuerdos de mi vi-
da, un recuerdo que tiene íntima relacion con
el presente acto.

Recuerdo que era una tarde hermosa, ver-
dadero contraste con el estado de mi alma. Vi
agisarse por última vez los pañuelos de los
seres queridos que se alejaban sobre el mar y
me encontré solo, recoatado en la borda del
baque y con la mirada huida dirigida al pun-
to por donde se había perdido entre otras na-
ves la que se llevaba el último giorno de mi ac-
tual esperanza. Vi aljearse, perdirse entre la
bruma la playa querida de la patria que guar-
daba en su seno todo el poema de mi infancia,
todo el tesoro de mis ilusiones, todo el salmo
de mi porvenir. Abandonaba la patria y ya
seris queridos quizá para no volverlos a ver.

¿Y porqué? ¿Acaso la fuerza de los hechos
me condenaba al destierro? No, señores, em-
pujaba mis pasos una voluntad firme y una
convicción profunda. En la patria de mi amor
no había hogar para mis creencias, para la f

adornada de mis padres; en el mar de la inteli-
gencia se albergaban el corazón, los sentimen-
tos, las dulces creencias; en nuestra patria,
en una palabra, la juventud católica, no
sentía apoyo, porque donde quiera encontraba
el sarcasmo de los necios.

Hoy, señores, palpáis la regeneración; veis
una juventud que se levanta con la frente alta
y proclamando sus creencias católicas que
constituyen el orgullo de su vida; y veis a
nuestra sociedad, ayer dormida, reclamar para
la fe de sus padres el puesto de honor que la
habían arrebatado la indiferencia y el olvido.
Y sin embargo, señores, falta mucho que
hacer y es necesario hacer.

Que falta mucho que hacer vosotros lo sa-
béis; pero quiero indicar cual es uno de los
peores enemigos de la buena causa y cual ha
sido en todas las épocas.
«Será acaso el vacío de los sectarios que as-
piran a demolerlo todo, a arrebatar al pueblo
sus creencias, a arrancarle Dios de la sociedad,
a abrir con la piqueta demolidora el camino
al socialismo y la internacional con su sé-
quito de hereses? Sería la juventud descreída y
desorientada que corre sin saber a donde, que
se agita inconscientemente en una duda con-
tradictoria, en una deplorable anarquía del corazón?»

No, señores, los primeros tienen que exis-
tir y existirán siempre en el mundo; la lucha entre
el bien y el mal tiene que librarse en la tierra
porque así escribió por la mano de Dios, los
segundos son víctimas de una época desgra-
ciada y solo merecen nuestra compasiva in-
dulgencia.

Pero los verdaderos enemigos de la causa
católica son nosotros mismos, es nuestra
inercia ante la lucha, es la indiferencia aun-
que muchas veces miramos librarse en el
mundo las grandes batallas de la idea. Lo ha
dicho un poeta:

«No es el Nerón de Roma el que nos hiera,
Es el Nerón del miedo el que nos mata.»
«No habéis oído decir quizás mas de una vez
que la propaganda regeneradora del Club Ca-
tólico es estemporánea, que ha venido a des-
pertar disensiones religiosas, que sin ella
muchas pasiones hubieran permanecido ocu-
ladas en el fondo de la sociedad sin salir a la
superficie sino de vez en cuando como esas
exaltaciones malféticas que se escapan en in-
termitencia del fondo de los pantanos?»

Ah, señores y esas palabras quizás se esca-
pan de labios católicos; de corazones fervien-
tes, de inteligencias convencidas. Pero entre
la convicción y el valor de esa misma convic-
ción, se interpone el miserable genio del mie-
do de la inercia de la mas pobre de las cobar-
dias.

Es necesario, señores, agitar las aguas cen-
agosas de los vicios sociales, que salgan de su
fondo los genios del mal que en él se albergan,
las ideas demolidoras, los sentimientos intol-
erantes encubiertos con manto de libertad, la
contradicción siempre creciente de los demol-
dores divididos en todo menos en la guerra
sin cuartel al catolicismo, a la fe de nuestros
padres y a la idea salvadora que arrancó al
mundo de las tinieblas de la barbarie, que sa-
vó a la sociedad y que es la única que podrá
salvarla de nuevo.

Es necesario que conozcamos como palpa-
ta el corazón de la sociedad, y si ésta enferma,
no es el medio mas seguro curación el es-
condér sus dolencias, que mas tarde quizá lo
tendrán remedio; en oportunidad quizá lo tu-
vieran aunque doloroso.
La juventud católica, señores, ya la veis, es-
tá de pie, con el valor de sus convicciones en
el alma, con el sello radiante de su fe en el co-
razón y en los labios; es necesario que no la
rodee el hielo de la indiferencia social, tímido
y cobarde. Vosotros que honrais este acto con
vuestra presencia sois una prueba palpante
de que simpatizais con la actitud valiente y
cristiana de esa juventud que se levanta y que
quizás encarna mañana una regeneración so-
cial.

El Club Católico ha tomado un incremento
notable en los últimos tiempos y lo seguirá to-
mando si encuentra siempre como ha encon-
trado en vosotros la cooperación de vuestras
simpatías.

Estoy convencido, señores, de que la hora
del deber ha sonado y que todos debemos ocu-
par nuestro puesto mas ó menos activo en la
lucha del bien contra el mal, del paganismos
resuscitado contra el cristianismo perseguido,
de la demolición universal contra la conserva-
ción de los principios sociales encarnados en
la palabra infalible del santo sacerdote de Dios.
«Ah, señores, decía Lacordaire a lo mas se-
lecto de París congregado en Nuestra Señora
acuerdo la Iglesia apareció sobre la tierra dici-
do sin atribuir nada, vosotros arruináis sin
edificar cosa alguna.»

Estamos, pues, en el siglo de la demolición y
es necesario conserva. No olvidemos que esta-
mos en un siglo que al decir del poeta,
Entre nubes de fuego alza la frente
Como Luzbel potente,
Pero también como Luzbel caído.»

PAYSANDÚ
Algo como el aliento de un gigante
Rendido de una lucha,
Acacia mi frente en este instante.
Un recuerdo que brota del pasado,
Recuerdo de dolor y de alegría
Y que viene con sangre salpicado
De hermanas que cayeron.

El llanto agita a mis carcaños ojos
Sientiendo el dolor por la patria mía
Y humedecer el llanto mi mejilla.
Sentí después mi frente acariaciada
Por el ligero beso de la brisa
Que azotaba la hiedra
Y luego entre las sombras se adormía.

Dulce y triste a mi oído murmuraba
Recuerdos del hogar, plegarias tímidas
Que los seres queridos elevaban
Y el cielo de la patria recogía.

II
Cuando gime la tarde moribunda
Y las tinieblas a invadir comienzan
Y cuando el sol sus postrimeros rayos
Lanza a la tierra;

Cuando las nubes en doradas orlas
La última creencia de la luz, reflejan
Y el último suspiro de la lumbre
Al mundo llega,

Que un momento vacila, brilla... y muere
En el regazo de una nube negra,
Como el postrer acorde de la lira
Muere en las cuerdas;

Hoy al sentir el ruido de las olas
Que desmayan llorando ante la arena,
El gemir de las auras, y en el cielo
Temblando las estrellas,

Despiertan en mi mente los recuerdos
De las horas cubiertas de tristeza,
En que, solo y tranquilo, meditaba
Junto a las ruinas del Titán de piedra.

Y la heroica defensa
Que electrizó al mundo americano.
Al recordar tu nombre pueblo fuerte,
Evoco de la tumba del pasado
El nombre de un patriota,
Que en el funesto día en que la suerte
Te destinó a morir y en la derrota
Doblegaste aliva la cabeza,

EL MUNDO Y EL HOGAR
El siglo XIX es el siglo del movimiento, es
el siglo de las transformaciones, el siglo que
sintetiza los grandes descubrimientos.
El hombre no reposa tranquilo un momento:
piensa, reflexiona, se mueve en todas direc-
ciones.

El también orgulloso en su grandeza
Prefirió cobijarse en su bandera
Y recibir la muerte de los bravos,
Y no ser perdonado por esclavos.

Deja que te recuerde, Leandro Gómez,
Eres ejemplo del deber cumplido.
Tú el cobardo de ayer, te alzaste valiente,
Radiante de entusiasmo, alta la frente
Y el corazón sereno ante la muerte.
Al contemplar tu indomita pujanza
Temblaban las lecciones asustadas
Cual hojas agitadas.

Al soplo aterrador de la tormenta.
Porque fuisteis el león que al verso herido
Sacude la melena.
Enredaste la selva en su rugido
Y tuero valeroso mas no huido.

En la hueste enemiga solo viste
A el imperio encarnado
A el tirano del Norte
Que siempre ha codiciado
Mandar a un pueblo libre,
Mandar a un pueblo que cobija leones.
Pero tu defendiste
El moral legado

Que Piris al morir te había dejado,
Lo defendiste fiero hasta la muerte,
Y cuando ya la suerte,
Se declaró menguada
En favor de las huestes imperiales,
Vencidos por el número cayeron
Los libres orientales.
Tú con ellos caíste, mas tu nombre
En union del de todos tus hermanos
La historia ha declarado
Que son nombres gloriosos, inmortales.

Este giron de gloria
Arrancado del libro de la historia
Es un recuerdo que destila sangre
Que mancha nuestras manos,
Porque es gloria ganada en el combate
De hermanos contra hermanos.
Lloremos nuestras faltas anteriores,
Olvidemos los odios de partidos
Y seremos temidos,
¡Tenemos corazón para ser grandes!
Seamos como el puñado
Que venció en Sarandí, todos hermanos.

Y jamas olvidemos
Que somos pueblo libre,
Que un deber grande que cumplir tenemos
Conservar a la patria independiente,
Y desde hoy juremos
No humillar a tiranos nuestra frente.

V. P. de L.
UNA TARDE EN EL COLISEO
Cubre a la tierra misterioso manto,
Muere en las sombras lentamente el día,
Se dibujan fantásticas siluetas
Y vagan en tropel sombras fúrtivas.

Tañe a lo lejos el sagrado bronce,
Quéjase el esquilon de las ermitas
Y al vagar por el ancho Coliseo
Se lamentan las auras vespertinas.
Todo es misterio y soledad y calma.
Allá se esconde la ciudad dormida
Y en el muro de viejo Anfiteatro
La hiedra asoma entre las negras ruinas.

Al remover la mano del recuerdo
De la santa leyenda las cenizas,
Parece que humeara entre la arena
La sangre por los mármires vertida,
Y recordara el viento entre las sombras
Plegarias tristes y confusa grima,
Hasta las piedras del Coloso gimen
Y parecen sollozar y se inclinan.

¡El Gladiador! miradle allí en el centro,
Cadebajo y moribundo y hecho trizas,
Jacerá el acero de su hermano
En la arena del circo enrojecida.

Y revuelto en el polvo y en la sangre
En el rostro entorpecido de la agonía
Lanzando al rostro del tirano alere
La postrera blasfemia de su vida.

Vol al mártir; tranquilo se adelanta
Llegando hasta la fiera emboscada
Y escucha sin temblar, alta la frente,
Del pueblo-rey la ronca gritería.

Y cuando el tigre con sangrienta zarpa
El pecho desgarraba de la víctima
Al espirar, al cielo demandaba
Para el verdugo la piedad divina.

Mientras en el vasto Anfiteatro hirviendo
Se agitaba la turba envilecida
Y obraba de vino y sangre y sacrificio
¡Mas cristianos al circo repetía,

Cayeron ya los Césares potentes,
Y la sangre humeante de las víctimas
Fue el incienso quemado en los altares
De la idea cristiana que venía.

Y el teatro ayer de crímenes y horrores
Cuyo recuerdo al corazón contrasta,
Testigo es hoy callado, que ante el mundo
De la verdad el triunfo testifica.

Envuelto en el sudario de los siglos,
Es el libro de piedra en que está escrita
Con lágrimas y sangre aquella historia
Que remueve del tiempo las cenizas

Yo al escuchar los llantos, los gemidos,
Del mártir la plegaria al caer sin vida,
Del moribundo gladiador la queja
Y del pueblo feroz la insana gritería,

Sentía en mi conciencia de creyente
Mi fe cristiana palpitar mas viva
Dar latidos ardientes a mi pecho
Y humedecer el llanto mi mejilla.

Sentí después mi frente acariaciada
Por el ligero beso de la brisa
Que azotaba la hiedra
Y luego entre las sombras se adormía.

Dulce y triste a mi oído murmuraba
Recuerdos del hogar, plegarias tímidas
Que los seres queridos elevaban
Y el cielo de la patria recogía.

III
Cuando gime la tarde moribunda
Y las tinieblas a invadir comienzan
Y cuando el sol sus postrimeros rayos
Lanza a la tierra;

Cuando las nubes en doradas orlas
La última creencia de la luz, reflejan
Y el último suspiro de la lumbre
Al mundo llega,

Que un momento vacila, brilla... y muere
En el regazo de una nube negra,
Como el postrer acorde de la lira
Muere en las cuerdas;

Hoy al sentir el ruido de las olas
Que desmayan llorando ante la arena,
El gemir de las auras, y en el cielo
Temblando las estrellas,

Despiertan en mi mente los recuerdos
De las horas cubiertas de tristeza,
En que, solo y tranquilo, meditaba
Junto a las ruinas del Titán de piedra.

Y la heroica defensa
Que electrizó al mundo americano.
Al recordar tu nombre pueblo fuerte,
Evoco de la tumba del pasado
El nombre de un patriota,
Que en el funesto día en que la suerte
Te destinó a morir y en la derrota
Doblegaste aliva la cabeza,

EL MUNDO Y EL HOGAR
El siglo XIX es el siglo del movimiento, es
el siglo de las transformaciones, el siglo que
sintetiza los grandes descubrimientos.
El hombre no reposa tranquilo un momento:
piensa, reflexiona, se mueve en todas direc-
ciones.

Encontraba una barrera insuperable en las
dimensiones y las distancias, y halló en las lo-
comotoras y vapores el medio de acortar las
distancias y salvar las dimensiones. Vió esos
mundo que nuchan en la esfera y otros mun-
dos en cuyos abismos la muerte mortal se
pierde, y consiguió arrancar a esos orbes las le-
yes con que se mueven, emprendiendo la con-
quista de los cielos y acercando a la retina los
espacios. Vió que la palabra se limitaba a po-
nerse en comunicacion con el vecino, y aproxi-
mó las naciones, haciendo que esa misma pala-
bra, balanceándose en los hilos delgados del
alambre, rodase de un polo al otro polo con la
velocidad de la luz, con la rapidez del pensa-
miento.

El hombre de hoy vive, en menos tiempo,
mucho mas que el hombre de ayer; nada de
pesados omnibus, cesó el monótono caballo, adios
pasados cartas, adios monótono quietismo,
adios; vosotros pasasteis como la imagen de la
paralización; vosotros simbolizais una época
de retroceso y decadencia; para gozar, para mo-
vernós nacimos en el siglo del movimiento,
nacimos en el siglo XIX.

Esta actividad ese movimiento vertiginoso que
se observa en la vida física, se manifiesta con
la misma fuerza en la vida intelectual. Las
ciencias progresan; el hombre se engolfa en
ellas; descubre aquí una verdad filosófica; allá
descifra un hecho histórico; mas lejos extrae
una osamenta y pretende fundar una teoría;
ora se reclama una idea, ora se sostiene lo con-
trario; todos luchan, todos se agitan, para ad-
quirir ciencia, ó mas bien para llegar a con-
corde de que nada saben; el mundo corona a es-
ta idea que se desmorona de la gloria; la gloria
del mundo es efímera pasajera, como pasajera
y efímera es la vida de la flor que abierta al ti-
bio rayo de la aurora, mustia y marchita por un
sol de fuego, palidece y muere, inclinada la
frente sobre el tallo, al rigor de la escarcha de
la noche.

Que el mundo progresa S. Sres. es indudable;
pero ¿ese progreso material de nuestro siglo se
armoniza con su adelanto moral? Creo que no.
El mundo con sus encantos, con sus pla-
ceres nos deslumbra; nuestras miradas se dirigen
a las cosas de esta merced diche; un vístigo se re-
poder de nosotros y buscamos con afán el me-
dio de realizarlo, como el viajero fatigado y ja-
deante busca el agua que tal vez con el goce le
depare la muerte.

Sea mentida ó no lo sea la dicha que se forja
nuestro siglo, allá tendemos y es necesario no
oponer un diche débil a una corriente fuerte.
Adelante pues y a gozar.

«¿Cuál será nuestro sublime mentor en el la-
berinto de los placeres mundanos?»
En qué siglo vivimos? En el gran siglo, en el
siglo de los descubrimientos, en el progresista
siglo XIX. Pues bien, «Necesitamos ser inte-
ligentes para ser felices? Nada de eso: re-
glemos al olvido esos fastidiosos libros que al
enjuagar el rostro llenas de cabilaciones el alma.
Necesitamos ser virtuosos? ¡La virtud! ¡vana
quimera, ilusión fementida, producto de ima-
ginaciones tibias y de caracteres indecisos. El
valor? De nada sirve: la planta magostosa de
nuestra época sepultó en los abismos la edad-
media, los torneos no existen: el valor está de-
mas. Qué es necesario pues? Dinero y mas di-
nero. He ahí el lenguaje de nuestro siglo.

Ya tenemos dinero, ya podemos considerarnos
felices...
Una suntuosa casa abre sus bien talladas puer-
tas para recibiros; un elegante carruaje
nos espera para librarnos de mil importu-
nos tropiezos al cruzar las calles; suntuosa
mesa colma nuestros deseos; mil rostros son-
rientes nos brindan amistad; millares de manos
se disputan el privilegio de estrechar nuestras
manos: somos los seres privilegiados, los dioses
de la tierra. El oro, ha producido un bri-
llante metamorfosis, el oro ha realizado nues-
tra felicidad.

Ya hemos contemplado la dicha que se forja
el siglo XIX, ya hemos contemplado esa dicha,
por decirlo así, pública, que está al alcance del
mas auidaz, del mas ignorante, del mas imor-
tal, de todo malvado; pero veamos si en ella se
encuentra esa dicha que conmueve el alma,
que tranquiliza el espíritu; esa dicha que no
puede manifestarse en el rostro esie siempre en
el alma; esa dicha llena de graves impresiones;
esa dicha sosegada cuya sonrisa es tierna é
inocente, como tierna é inocente es la mirada
de un cándido niño.

Busquemos esa dicha en medio del bullicio
del mundo, de la algazara de los salones, del
ruido de los banquetes, del brillar de los dia-
mantes, del relumbrar del oro, del lúgubre
cantar de negra orgía y no la encontraremos.
Esa dicha huye del tumulto y busca el silencio
y el retiro, no suele ser el patrimonio del opu-
lento alcazar de los grandes, ni la cobija el
artesonado techo del magnate, ella se esconde
en el humilde tugurio del pobre ó bajo la choza
pajiza del labrador honrado; pero, salgamos del
banquete, olvidemos los brillantes, desprecie-
mos el oro, abandonemos la orgía y penetre-
mos en el modesto hogar, en el hogar tran-
quilo de la familia cristiana. Veremos allí que,
aunque no se entre por bien tallada puerta,
aunque no se pise blando y bien cortado tie-
rra, aunque no se gite al impulso de viento, se rea-
liza la verdadera dicha.

«¿Una madre! ¿Sabéis lo que esto significa?»
Una madre es el sublime cariño de un Dios
que se manifiesta en un corazón de mujer; es
el emblema de todo lo grande, es la manifes-
tación mas alta de lo bello. Una madre, digo,
que al volver el hijo de la tremenda lucha de
la vida, agobiado por el trabajo el cuerpo y lle-
na de desgostos el alma, le tiende sus cariño-
sos brazos; un padre que pis

